

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

«Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

DE RAZA!

Julían era un buen chico, un buen muchacho en toda la extensión de la palabra.

Modelo de estudiantes, su carrera de Leyes iba pasando de sobresaliente en sobresaliente; asiduo congregante mariano, ni un domingo dejó la misa, ni un mes la comunión, mozo bien educado y juiciosillo, nunca le oyeron sus compañeros una palabra así ó asá, jamás trasnochó ni aun para ir al teatro.

Su madre estaba con él más que orgullosa.

—Hija, qué suerte tienes con tu Juliánico, —le decía á veces alguna de sus amigas.

—¿Qué quieres? —respondía la madre; —bastante ha sufrido una en este mundo; no todo han de ser lágrimas para las viudas. ¡Cuánto disfrutaría con él su padre si el pobre viviera!

—añadía la viuda suspirando.

—¿Para qué quieres más marido con ese hijo tan rico y tan buenazo? —decía la otra.

—Es verdad —contestaba satisfecha la madre — Julián es muy bueno.

Y sí que lo era. Pero... Julián era rabiosamente aficionado á los toros.

¡Cómo! ¿Acaso es eso malo?... Ni mucho menos. Y si no, preguntadlo, no ya á él, sino á su buena madre.

—Dejad que se divierta en lo único que le gusta —decía ésta, —dejad que se distraiga el pobre hijo. Bastantes malos ratos se da con los libros y demasiado complaciente es conmigo para que yo no le deje divertirse con una cosa ni buena ni mala. Además, su padre, el pobre era también tan loco por los toros!

Y las tardes, en que Julian se divertía con aquella cosa ni buena ni mala, parecía otro. ¡Es natural!

Con su sombrerillo flexible cuyas alas caídas le sombreaban el rostro, su pañuelo de seda liado al cuello, á veces en mangas de camisa, todo sudoroso, encendido, seca la boca de tanto aplaudir, hecho un manojo de nervios, allá en su barrera de sombra —él iba siempre allí — participaba por entero del delirio frenético de la muchedumbre, de toda muchedumbre que sentada ante un ruedo, achicharrada bajo un sol de verano,

agitada por el ansia del goce, se entusiasma bárbaramente ante caballos destripados, toros furiosos por el continuo pinchar del hierro en sus carnes, toreros volteados, hombres heridos.

¿Y los insultos groseros á los picadores, al matador; las injurias soeces coreadas por miles de bocas? ¿Y los piropos crueles lanzados furiosamente contra la presidencia? ¿Y el ambiente de feroz regocijo que flota por la plaza? ¿Y las conversaciones sembradas de sucias palabrotas?.... Qué culto! ¡Qué agradable! ¡Qué ni bueno ni malo es todo eso!

Comparada con ello, la educación inglesa, que por apartar á los jóvenes del mal, los lanza á los juegos vigorosos en los parques, los acostumbra á ejercicios sanos, se queda tan atrás...

Julían conoce al dedillo todo el tecnicismo complicado de la lidia, lee cuantos periódicos taurinos llegan á sus manos, discute con asombroso empeño las suertes todas del taurino arte y es en verdad extraño ver salir de sus abios, tan formales de ordinario, bendecidos los domingos por los versículos del Oficio Parvo de Nuestra Señora, frases peregrinas en que revolotean con marcada insistencia palabras raras, bajonazos, pases de pecho, chalequeras, pitones, hule....

—¿Que se distraiga el pobrecico! —pensaba su madre.

Pero cuando los días de corrida, pasada la tarde, lo veía entrar en casa congestionado, ronco, lleno de polvo, fatigado cual si volviese de reñida batalla, entonces la señora se asustaba un poco....

La corrida de aquella tarde fué buena, buena, porque sí.

Los toros de excelente lámina y mejores hechos —mataron catorce caballos; —los diestros superiores en la faena; las cuadrillas muy iguales; la plaza llena; el sol radiante.

Hacia el final del quinto toro, Julián ya no sabe dónde tiene la cabeza: tanto es lo que ha gesticulado y lo que ha gritado.

En lo más recio de su entusiasmo, sintió unos golpecitos de abanico en un hombro, y oyó una voz guasona de mujer que le decía:

—Niño, ¿va usted á la procesión?

Volvióse Julián á la moza que, sentada detrás de él, reía á carcajadas, y el inocente preguntó:

—¿Qué dice usted?

—Que si va á la procesión... que lleva el escapulario... —y la descarada dió un tirón á aquel pedacito de tela color de café, que asomaba por detrás del cuello de Julián, á causa del continuo moverse de éste.

Rieron todos los de por aquel sitio la gracia de la moza; sin saber qué decir, avergonzado, ocultó rápidamente Julián su escapulario, y tan corrido quedó, que el sexto toro pasó casi inadvertido para él, y sentía en la nuca un escozor muy vivo como si los ojos burlones de todos se clavaran en ella.

Y la venganza que tramaba se encerraba en estos pensamientos:

—¡Estúpida! ¡Majaderos! Bien se me está por alternar con esta gentuza.... Se acabó, no vengo más á la plaza, no me da la gana de aguantar esto.... No vendré más....

Y diciendo «no iré, no iré» se pasó toda la semana.

Y llegó el domingo, y se quitó el escapulario y se marchó á los toros.

Le venía de raza....

J. LE BRUN

HONOR Y DESHONOR

Ya sin desdoro cumplen su destino, el vil perjurio y la calumnia artera; ya la traición, alzada la bandera, se abre en el mundo espléndido camino.

Goza en paz de su triunfo el libertino, que ni candor ni ancianidad venera; halla el ladrón halagos por doquiera, ciñe laurel de gloria el asesino.

Si en otra edad, de la ignorancia esclava fué la deshonra susto del malvado, ya este siglo rompió la odiosa traba.

Ya ni el más rudo ni bárbaro atrevido el honor de los hombres menoscaba; ya sólo hay deshonra para el honrado.

(Manuel Tamayo y Baus)

DOS CARTAS DE LERROUX

Los documentos siguientes, que encontramos en un periódico, demuestran la manera que siguen algunos, que se dicen amantes de los obreros, para medrar y reírse á su costa:

Madrid 10 de Junio de 1900.

Amigo y compañero Canelas: Recibida la tuya. Mucho te agradezco el interés que te tomas por «Progreso». Buena falta nos hace; porque todo el

mundo aplaude sus campañas y su valentía y el hijo con que lo edito; pero el 50 por 100 de los paqueteros me roba, y los suscriptores pagan tarde y con daño.

Te incluyo esos seis recibos de suscripción, su importe 30 pesetas. que ruego me remitas pronto. Apriétale al paquetero de Girona que me gire fondos.

Respecto á mis planes, para desarrollarlos necesito ocasión propicia. No tardará en haber crisis y nuevas elecciones. Barcelona es un país por conquistar, pero hay que ser hábil y tomarle bien la embocadura.

Por ejemplo, si tú pudieses, respondiendo á tus ideas, provocar allí una huelga que metiese ruido, entonces yo podría intervenir, agravarla, reducirla después, claro que con tu auxilio, y esto me daría un prestigio mas creciente que el de la campaña de Montjuich, ya muy manoseada, y me permitiría entrar en Barcelona, como triunfador, y obtener los votos de los obreros.

En fin, tú ya conoces mi plan general. En el Congreso yo sería la bomba á punto de estallar siempre, y siempre obteniendo ventajas para el pueblo, por la amenaza de la explosión. Y si yo soy diputado, tú concejal.

Saludo á tu compañera y te abrazo. Salud y revolución social.—A. Lerroux.

Madrid 12 de Julio de 1906.

Querido amigo Luis: He leído el desarrollo que toma la huelga de taponeros en el Ampurdán. Esta es la hora, y como supongo que dicha huelga se debe á tus gestiones, no vacilo más y me pongo en camino.

Te escribo la presente horas antes de salir el tren en que salgo para Barcelona. Allí te espero en el Hotel Condal para que hablemos. Con un poco de tacto esta huelga sería para mí, si tú me ayudaras, negocio redondo.

Dispensa el papel. Tuyo afectísimo amigo y compañero.—A. Lerroux.

EL PADRE ADOPTIVO

Entre los muchos grupos que abundan en verano á orillas del mar me llamó un día la atención un obrero de aspecto vulgar. Desde luego se veía en todos sus ademanes el asombro que causa al que por primera vez contempla la inmensidad del océano.

Quitóse reverentemente la boina al verme pasar.

—Buenos días, buen hombre—le dije.—¿Es hermoso espectáculo, ¿verdad?

—Qué quiere usted que le diga, señor cura; yo soy de tierra de Campos y jamás había visto el mar. Me decían los compañeros que era grande, muy grande, muchísimo más an-

cho y más largo que el río de mi pueblo, pero jamás me imaginé lo que estoy viendo. Y jamás esta quieto. No me canso de estarlo mirando. Yo estoy empleado en el ferrocarril del Norte y me han dado licencia para un par de semanas y he venido con este rapaz.

El rapaz, que podría tener unos nueve años, estaba muy distraído, acercándose al mar y alejándose, conforme bajaban ó subían las olas.

—¿Es hijo de usted ese niño?

—Le diré a usted, señor cura, es y no es hijo mío; le he *prodijado*. Pero en cuanto á quererle, le quiero mas que si fuera hijo mío.

—¡Pobrecito! ¿De modo que le sacó usted de la Inclusa?

—No, señor. Yo soy agente del servicio del recorrido y tengo el oficio de limpia-coches: ¿me entiende usted? El tren que muere en la estación, le recorremos, entregamos en la oficina los objetos abandonados y luego barreos y aseamos los coches. Yo estoy casado hace catorce años, pero Dios no nos ha dado hijos. El Señor reparte los hijos como más conviene: á unos da muchos, á otros da pocos y á otros ninguno. Mi mujer y yo vivimos conformes con la voluntad de Dios que así lo ha dispuesto.

Pues, como iba diciendo, un día, al barrer un coche metí la escoba debajo de uno de los asientos, y tropezó con un bulto. Me agache y hallé escondida una cesta muy hermosa y en ella un niño durmiendo. Cogi la cestita, y muy quedito, por no despertar al niño, le di un besito y le lleve al Jefe, explicándole lo que me acababa de pasar.

—Habría que llevar el niño á la Inclusa, si no le reclaman—dijo él dirigiéndose á otros empleados que allí había.

—A la Inclusa no va este niño que Dios me envía.

—Pues está mandado que así se haga y así se habrá de hacer. A no ser que quieras *prodijarlo*.

—Sí que quiero *prodijarlo*—le contesté yo.—Desde ahora le tengo por hijo mío.

Yo, como si temiera que me quitaran el hijo que Dios me había encomendado, le tomé de la cunita, que estaba sobre la mesa, y le cogí en brazos. Ya el angelito á las voces se había despertado y miraba como si buscáse á su madre. Al tomarle de la cunita, apareció debajo de él un sobre. Tomóle el Jefe y dice que decía: «Para el que se encargue de la educación de este niño».

Abrieron el sobre y hallaron en él muchos billetes de Banco y un papel en que constaba que el niño estaba bautizado y se llamaba Juan. Aquellos señores mudaron de opinión. Ya no veían tan clara la obligación de llevarle á la Inclusa y aun se ofrecían varios á *prodijarlo*. Yo les dije: «Señores, quédense ustedes con la

carta y su contenido y yo me quedo con mi hijo.» Y aquí le tiene usted. Ese que está jugando con las olas es el niño del cestito. Desde entonces me parece oír constantemente la voz del Señor que me dice: «Cuidame ese niño y aliméntale como cosa mia y dale instrucción cristiana».

—Ven acá, Juanin, besa la mano á este señor cura.

Llegó Juanin, le hice algunas preguntas de la Doctrina y respondí acertadamente.

—Mire usted, señor cura, yo no se leer de corrido, ni apenas escribir. Pero me gusta oír la explicación del señor cura párroco y enseñar á mi Juanin la Doctrina. Crea usted, señor cura, que muchos domingos me veo apurado para poder ir á Misa; pero ó muy tarde ó muy temprano, procuro buscar un rato libre, ó me arreglo con algún compañero para que me supla, y los Jefes ya me conocen y me dejan hacer. Y por la noche, aunque llegue tarde y rendido á casa, lo que es el Santo Rosario por nada de este mundo le dejamos de rezar los tres.

Aquel hombre de aspecto vulgar me inspiraba cada vez más respeto y admiración. Le di un devocionario de letra gruesa, y al niño una medalla para que la llevara colgada al cuello, y me aparté de ellos alabando el poder de la gracia y las vías admirables de su divina providencia.

Dios y sus ángeles se complacían en mirar aquel jornalero con su blusa azul y su boina raída.

Era un héroe oculto.—(Cecilio Gómez Rodeles, S. J.)

AL PUEBLO

XII

El teatro y la novela

Decíame en cierta ocasión un empresario de teatros:

—«De las 22. 000 pesetas que en la temporada que acaba de terminar ingresaron en taquilla ¿á que no sabe usted cuántas fueron dadas por ese pueblo que usted dice se encuentra sumamente necesitado?—Vd. dirá.—Pues 17. 000 pesetas.—Y cómo lo sabe V.?—Porque es el importe de las entradas de *paraíso*, á donde, como Vd. supondrá, no va sino la clase... vamos *popular*.»

No me extrañó mucho la noticia, pues bien conocidas tengo tus aficiones al teatro, y, sobre todo, cuando las obras son de esas que llaman de *gran espectáculo*.

Desde luego reconozco en el teatro poderosos medios de atracción, y más para tí que eres tan impresionista; la música en canto, la declamación, el aparato escénico..... pero es el caso que con estos medios se destruye hoy más que se edifica, constituyendo, por tanto, el teatro, un pasatiempo peligroso.

De modo que entonces ¿no nos podemos distraer, no nos podemos divertir?

¿Quién te dice tal, pueblo amigo? Muy al contrario, no sólo puedes, sino que debes distraerte, divertirte, porque te es necesario para tu salud, para tu bienestar, porque

el espíritu también necesita descanso; con énfasis más animos se vuelve al trabajo después de algunas horas de descanso, de esparcimiento.

Como muy bien dijo el fabulista, *la cuerda siempre tirante, romperá*; así el hombre siempre entregado al trabajo mental ó corporal, pronto agotaría sus fuerzas y sucumbiría.

Refiérese de San Luis Gonzaga, que, terminadas sus diarias ocupaciones, solía dedicarse un rato á su juego favorito, el billar. Cierta día que un amigo le preguntó: Si supieras que dentro de breves momentos ibas á morir ¿qué harías en este instante?—Seguir jugando, contestó muy tranquilamente. Con lo que vino á demostrar, entre otras cosas, que tenía su conciencia tranquila, que la distracción á que se hallaba entregado, además de no ser mala para su alma, era muy conveniente para su cuerpo, pues le proporcionaba algunos momentos de descanso.

El recreo, la distracción, son convenientes y saludables para el cuerpo; pero es necesario al mismo tiempo cuidar de elegir aquellos que no perjudiquen en nada á la salvación de nuestra alma, único negocio que nos interesa de veras, y para cuya consecución Dios nos ha puesto en el mundo.

Ahora bien; el teatro ¿es una diversion que puede admitirse sin reparos, sin temor para el alma?

Allá por los tiempos en que en nuestros teatros estaban muy en boga los célebres *autos sacramentales*, en que las obras teatrales sufrían rigurosa censura antes de ir á la escena, en que el pueblo solía entusiasmarse con las cosas que afectaban al bien de nuestra Sacrosanta Religión y abominar de todo cuanto contra ella iba, fué preguntado públicamente un Cardenal por un Rey si á un cristiano le era lícito ir al teatro, obteniendo éste la siguiente contestación: *Hay algunos ejemplos en pro y muchos motivos en contra.*

Si esto se contestó en aquellos tiempos que quedan recordados, ¿qué se contestaría hoy que el teatro lleva á los infiernos tantas almas!

Pero dejémonos de citas de personalidades católicas y sigamos en nuestro procedimiento de combatir al enemigo con sus mismas armas.

Esos mismos que escribieron y escriben para el teatro, poniéndole en la triste situación en que se encuentra, esos otros que no pierden ocasión de aplaudirle, te van á decir lo que es el teatro que frecuentas.

Victoriano Sardou, el gran dramaturgo francés manifestó lo siguiente: «Ignoro lo que será el teatro en lo porvenir; pero estoy seguro que no puede ser más indecente que el actual.»

Dumas, hijo, habla así del teatro en el prólogo de una de sus obras: «Querido público: hace veinte años que nos conocemos y hasta ahora no hemos tenido de qué quejarnos el uno del otro. No han faltado, sin embargo, quienes hayan pretendido sembrar malas inteligencias y la discordia entre nosotros. Hace muy poco tiempo todavía se gritaba con furor: «¡No vayáis al teatro, es inmoral!»

Por fortuna tú y yo estamos habituados á estas palabras desde que nos conocemos y esta vez, como en las anteriores, has venido á ver de qué se trataba y has continuado viviendo.

No has tenido razón. Digámoslo de una vez: es necesario no traer las niñas al teatro. No sólo es inmoral la obra, lo es también el lugar.

Siempre que se le tiene que exhibir al hombre tal como es, no se le puede presentar en toda su desnudez ante todas las mi-

radas, y el teatro, mientras más elevado y más leal, no vive más que de esta exhibición. Tenemos que revelarnos muchas cosas que las vírgenes no deben oír. Acabemos con la hipocresía. Todo esto es inmoral, y sepamos bien que, siendo el teatro la pintura ó la sátira de las pasiones ó de las costumbres, no puede dejar de ser inmoral.»

Yo mismo he oído en la redacción de un periódico á cierto autor cómico muy aplaudido y muy fecundo poner el teatro actual por los suelos, reconociéndose él mismo uno de tantos (por exigencias del garbanzo ¡ma ditas exigencias!) como contribuyeron á este lamentable decaimiento; el público que soporta y aplaude la bazofia que se le sirve no salió tampoco muy bien parado de su boca. Si lástima me daba lo que oía, asco me daba también ver á hombres que, pudiendo hacer mucho bueno con su pluma la ponen al servicio del mal *¡por un plato de lentejas!*

Tanto sí, tanto ha descendido el teatro ese lugar que debiera ser considerado como de honesto entretenimiento y sana instrucción, inspirando á actores y espectadores el horror al mal y despertando el sentimiento de las virtudes; tanto ha degenerado ese lugar donde «sólo debiera ofrecerse, como dijo el gran Pereda, el arte honrado y decente, la belleza del arte verdadero, del arte noble y desinteresado, grato siempre á todos los paladares, manjar de todos los tiempos», que *El Nacional* periódico nada mojigato, llegó á decir: «Si hay autores que prostituyen el arte y perverten los gustos del público escribiendo indecencias y suciedades, Empresas sin conciencia que las aceptan, artistas sin decoro que se prestan á representarlas y público sin vergüenza que las tolera y las aplaude, también deben existir autoridades honradas que lo impidan, barriendo de los escenarios esos montones de basura.»

No cabe hablar de modo más denigrante acerca del teatro en nuestros días.

¿Que se ven en él algunas obras buenas? Es cierto, pero son las menos, constituyendo la excepción de la regla.

Pueblo amigo, en mi deseo de tu bien, me permito advertirte que te sería convenientísimo la poca frecuencia al teatro mientras éste no cambie radicalmente de conducta.

Me he extendido demasiado en lo anterior, así que pocas palabras habré de decirte acerca del otro asunto que me propuse hoy tratar contigo: la NOVELA.

Constituye su lectura una de las principales ocupaciones en la gente del pueblo, sobre todo en las mujeres; toman éstas con tanto afán los episodios novelescos que por llegar pronto al desenlace y después *más allá*, hasta suelen desatender las obligaciones caseras, y menos mal si no salen las tales lectoras convertidas en *románticas impertinentes* y en *sabiondas infatuadas*, creyendo haber aprendido historia en las hojas de una novela.

Mas no es esto lo peor. Incalculables son los males de todo género que las novelas han producido y producen; pocas son las recomendables. ¡Cuántos novelistas de los que te entretienen con sus relatos pensarán de sus obras, aunque no se atrevan á hacerlo público, lo que un libre pensador célebre, *Rousseau* escribió acerca de sus perversos libros: «No puedo mirar uno solo de mis libros sin estremecerme: en lugar de instruir corrompo; en lugar de alimentar, enveneno; pere la pasión me extravía, y, con todos mis hermosos discursos, no soy más que un infame.»

Hace algún tiempo anunciaron los periódicos el suicidio de una joven en París,

en el río Sena. Sobre su cadáver se encontró el último volumen de *Foblas*, en el que había escritas por mano de la desgraciada suicida estas palabras: «He sido engañada como ella, debo perecer como ella.»

Y todos los días, puede decirse, la prensa está dando noticias de infelices víctimas de la lectura de novelas.

Yo conocí en esta localidad á un joven que desde muy niño demostró un desmedido afán por leer novelas, sin que sus padres se cuidasen de corregir en él este vicio; ellas le condujeron al indiferentismo religioso y más tarde á la impiedad, haciéndose notar por sus escritos sectarios en periódicos socialistas y republicanos. Luego supe que murió como había vivido; ¡sin un pensamiento siquiera para la eternidad!

Vuelvo á manifestarte que son muchos y terribles los daños que causa la lectura de novelas, y, por lo mismo, debes de vivir muy alerta con las que se te ofrecen. Vale más prevenir que lamentar.

Una advertencia para concluir, á los escritores honrados, de BUENA voluntad por los intereses morales y materiales del pueblo:

Decía Mons. Ireland arzobispo de Saint Paul á M. Demach, publicista belga: «Estoy profundamente convencido de que los hijos de la verdad trabajan la mayor parte del tiempo en vano, porque se mantienen alejados de aquellos á quienes quieren ganar para la buena causa; viven en el pasado más que en lo presente, en el aire más que en la tierra.»

Tiene V. razón al decir, que deberíamos valernos de todas las armas posibles en nuestra santa guerra y ocupar todos los caminos que conducen al espíritu y al corazón de nuestros contemporáneos, ¿por qué no nos hemos de servir de la novela y del teatro?

Hay millones de hombres que no conocen más que la novela y el teatro, y si queremos que nos oigan, es preciso que salgamos á su encuentro. Los literatos pueden hacer un beneficio inmenso á la Iglesia. El mundo hoy solo á ellos escucha, son los reyes del pensamiento.

Perfecto Amigo

CHARLA

—Menudo tinglao me armó usted el otro día, con aquel aviso que puso en «El Amigo del Pobre» para que las mujeres nos ronquen siempre que nos vean leyendo esos periódicos que ustedes llaman malos.

Está la mía que parece un moscón; como que yo ya no lo leo sino es por la calle y con precauciones.

—Celebro mucho que tu mujer haya comprendido mi ruego y lo haya puesto en práctica.

—Hasta que un día, aburrido coja un palo y la sacuda las costillas por meterse en lo que no le importa.

—No, eso no lo harás tú; eso queda para los hombres cobardes, sin dignidad ni vergüenza. Tú se yo que concluirás por escuchar sus consejos. ¿Qué te pide, después de todo? Que cumplas con tus deberes de cristiano abominando de esa prensa que insulta á Cristo, que se burla de la Religión, te pide que obedezcas las pro-

hibiciones de tus guías y pastores los Prelados, que saben muy bien lo que prohíben, puesto que antes de hacerlo examinan debidamente el asunto. Tienen mas caridad de la que tú te figuras, no lo hacen por el gusto de perjudicar á unos y favorecer á otros, no. Véase sin prejuicios de ninguna especie, lo que prohíben y se les dará la razón.

Te pide también tu mujer, cuyo celo de alabar es, que cumplas como buen ciudadano no leyendo ni pagando esa prensa que siembra la incredulidad en los corazones é introduce en ellos el odio á la patria y á todo lo existente. Mira, pues, lo que haces y á quién debes obedecer, si á la Religión, si á los Prelados, si á tu mujer que te desean el bien porque te quieren ó si á esos cuatro chicos de la prensa atentos sólo á la perra chica para ir viviendo.

—Rediez ¿y qué le contesto yo á usted ahora?

¿Pero cuáles son esos periódicos malos?.. porque yo en el que leo no ví nada de eso que acaba de decirme.

—Todos los que no se someten incondicionalmente á las prescripciones de nuestra Santa Madre la Iglesia. ¿Quién es el hijo malo?.. el que no obedece á su padre cuando manda cosa de justicia.

—Voy viendo claro, pero ¿cómo saber las noticias?

—¡Jesús, Jesús! Lo que sobran son periódicos buenos donde leerlas. El que quiere obrar bien nunca le faltan medios, como al que obra mal nunca le faltan excusas. Ya no tienen á dónde agarrarse los que encuentran vergonzosa su conducta en leer periódicos reprobados por la Iglesia y se excusan con lo de la información. De la información de los tales periódicos ya te dije algo en el número anterior del «Amigo» ¿Lo leiste?

—Lo leí y asombréme.

—Pues es la pura verdad, contada por ellos mismos.

—A veces la costumbre y las facilidades que dan los malos mas que los buenos para su lectura, le hacen á uno *trompezar* y caer. Figúrese V. que á veces sale un *rapazucu* por esas calles gritando: ¡El *Tal* con el crimen de ayer, con los heridos de anoche! y, claro, no ve V. por allí otro periódico mas que El *Tal* y *pum*, mete usted mano al bolsillo y sale la perra chica dispuesta á satisfacer la curiosidad. Una *perrina* no va á ninguna parte.

—Si va, va á ayudar á la propagación del mal. Con tu perrina, como dices, y la del otro y la del otro es como viven esos papeles.

—Bueno, á veces dicen que traen artículos muy malos, vamos contra la religión y los curas, pero yo no los leo, no leo mas que las noticias y los telegramas.

—Y qué les importa á los periodistas que tales cosas escriben que

tú los leas ó dejes de leerlos. Tú compra el periódico que con esa perra y otra encima y muchas encima ya cobrarán ellos para seguir escribiendo en hereje y para que otros los lean y se encarguen de poner en práctica sus teorías.

—Me cierra usted todas las salidas.

—Vamos á ver: si esos periódicos se dedicasen un día y otro á insultar á personas que te fuesen muy queridas ¿seguirías en buenas relaciones con ellos?

—¿Que qué?... Iba allá y rompía el bautismo á todos los *relatores* que topase y despues que los mantuviese su abuela si es que quedaban con vida.

—De modo que, puesto que en buenas relaciones sigues con ese diario que te veo en el bolsillo y con los periódicos de la misma cuerda es porque en nada tienes á la Religión que dices profesar? ¡Está bien!

—¡Córcholis!... ¡qué cogida!... ni la del Espartero que dejó las tripas en medio de la plaza.

—Haz caso de tu mujer que dices te ronca tanto por estas cosas y verás cómo te va bien.

—Me alegro haberle encontrado porque así yo entré en razón y mi mujer se evita la gran paliza.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Podemos facilitar colecciones de «El Amigo del Pobre» año 1906, al precio de 2 pesetas.

Traslado á los europeizadores.—«La Tille Elise»; drama de los Goncourt, que se disponia á representar una actriz francesa, ha sido prohibido por las autoridades de Berlín. ¿Por que no miran estas cosas los que quieren europeizarnos nada más que con disparates? Verdad es que en Alemania no pasan ni de contrabando *nuestras* tarjetas postales pornográficas y ciertas novelas que nuestra juventud devora como v. gr. las del tristemente famoso Zola.

El milagro y la Lógica.—Entre los enfermos que fueron el año pasado en peregrinación á Lourdes, habla una mujer que por espacio de seis meses sufría resignada una grave enfermedad, sujetándose al régimen de las duchas y conformándose á las prescripciones de su médico. No habiendo experimentado ningún alivio resolvió ir á Lourdes y volvió perfectamente curada.

Confundido su médico por aquel prodigio, le pregunta si habia tenido un gran deseo de sanar en Lourdes.

Ah, indudablemente—Ved ahí lo que os ha curado, le dijo el doctor—Pero señor, replica la mujer, mi deseo de sanar era igualmente tan vivo cuando tomaba las duchas y sin embargo, no experimentaba el menor alivio... El médico dió la llamada por respuesta.

Curación milagrosa.—Dom Auscario Vonier, benedictino, Abad de Bokfasth (Inglaterra) publica en el *Boletín de Silos* el relato de la instantánea curación de un religioso de aquella abadía, el cual, próximo ya á morir, según creía, y con él los médicos y sus Hermanos de Religión, á

consecuencia de un cáncer en el estómago, manifestó que la Santísima Virgen le mandaba beber agua de Lourdes, de que el día antes se había recibido un frasco en la abadía y bebidas algunas gotas se levantó curado enteramente. Uno de los médicos que le asistía, aunque es protestante, proclama abiertamente que se trata de un milagro.

¡Gloria siempre á la Santísima Virgen!

Restitución.—En un mensaje especial dirigido al Congreso, Roosevelt pedía se votase un presupuesto de 265.000 pesos, como indemnización á la Iglesia católica por el uso y abuso que se hizo de sus templos en Filipinas.

«No es solo justo—decía el presidente—que se pague dicha suma, sino que por las razones expuestas por el secretario de la Guerra, es altamente ventajoso á los intereses de las Islas Filipinas que tal se haga.» Y añade, que se debería nombrar una comisión para examinar lo que sufrieron las iglesias á mano de los insurrectos é indemnizarlas con liberalidad.

BIBLIOGRAFÍA

Nuevamente se han acordado de nosotros los infatigables seminariatas de Sevilla para remitirnos prospectos, circulares y los dos primeros números de «Ora et Labora» publicación mensual destinada á facilitar y fomentar la gran obra de propaganda que en hora mil veces bendita iniciaron aquellos valientes adalides de las campañas del Señor, los seminaristas sevillanos. En dichos números y circulares se ponen de manifiesto proyectos tan hermosos en favor de la prensa católica y en contra de la liberal que no dudamos han de verse coronados con el laurel de la victoria. ¡Saludemos á esos estratégicos admirables llamados á hacer mucho bien.

Confiarnos que habrán de seguir remitiéndonos los números sucesivos de «Ora et labora», y dispénsennos que en más consideraciones no podamos extendernos, dados los reducidos límites de nuestra publicación.

Desde Madrid nos han remitido un folleto que se titula «Asociación Teatro libre» en el que se incluyen un discurso de D. Enrique Casal Torre-Gimeno y los Estatutos porque ha de regirse dicha Asociación. A este folleto acompaña una circular firmada por D. Antonio Vazquez de la Torre,

Propónese esta Asociación, según el discurso del Sr. Casal, facilitar el estreno teatral á los autores noveles con solo que en sus obras no ataquen á la moral ni hagan ninguna alusión política.

Nuestra opinión respecto del teatro va en otro lugar de este número así que á lo dicho, sólo nos toca añadir que si esta Asociación cumple lo que promete será digna del aplauso de los buenos, pero si viene únicamente con miras personales ó de empresa mercantil, entonces le deseamos lo que desearse debe á cuantos se ocupan en pervertir al pueblo con ideas falsas y descabelladas.

Que no sea esto último para bien de todos y gracias por el envío.